

Más allá de las palabras. Las transformaciones recientes del proyecto político zapatista

*Juan Diez*⁷⁵

Resumen:

Desde su aparición pública en 1994, el movimiento zapatista se ha caracterizado por un proyecto político en constante construcción y redefinición. La idea que atraviesa el presente artículo es que el desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena de principios de 2001 implicó la necesidad de reconfigurar una vez más el proyecto político zapatista y dar un nuevo salto en dos direcciones específicas: la consolidación del proceso de construcción de autonomía en las comunidades zapatistas como referente político-práctico y la articulación de un espacio político y social a nivel nacional, a través de la otra campaña, que supuso la primera vez que el EZLN recorrió todo el territorio mexicano a fin de entrelazar las diversas resistencias y proyectos alternativos. Ambas iniciativas se encuentran en el centro de la Sexta Declaración difundida en junio de 2005 y representan el gran desafío del zapatismo de construir –y constituirse en– una alternativa no sólo en la palabra sino también en la práctica.

Palabras clave: Movimiento zapatista – Sexta Declaración – proyecto político

Summary:

Since its public appearance in 1994, the Zapatista movement has been characterized by a political project in constant redefinition. This article argues that the outcome of the March for Indigenous Dignity, in early 2001, resulted in the need to reshape the Zapatista political project once again and to take a new step into two specific directions: the strengthening of autonomy process in the indigenous communities in Chiapas, and the articulation of a political and social space, through the other campaign, which was the first time EZLN traveled throughout Mexico in order to connect struggles and actual alternative projects. Both initiatives are at the center of the Sixth Declaration published on June 2005 and they represent the great challenge of the Zapatista movement to make –and to become– an alternative not only in words but also in practice.

Key words: Zapatista movement – Sixth Declaration – political project

Recibido: 06.08.2009 Aprobado: 23.11.2009

⁷⁵ Licenciado en Ciencia Política (UBA). Magíster en Estudios Latinoamericanos (UNSAM). Docente e investigador de la Facultad de Ciencias Sociales-UBA

Introducción

Desde su aparición pública el primer día de 1994, el movimiento zapatista se ha caracterizado por un proyecto político en constante construcción y redefinición. La Sexta Declaración de la Selva Lacandona, difundida en junio de 2005, no resulta una excepción en ese sentido y también supone una nueva transformación.

La elección de esta declaración no sólo se basa en que se trata de la última que publicó hasta la fecha el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Mucho más importante, y tal como intento argumentar a lo largo del texto, su relevancia radica en que contiene problemas, debates y transformaciones sumamente relevantes para pensar el proyecto político zapatista, así como también, más en general, las luchas por alternativas en América Latina.

Previamente a la Sexta Declaración, y más allá de los doce días de enfrentamientos armados con el ejército y otras iniciativas, ha sido en el ámbito de la palabra donde el movimiento zapatista ha librado la mayor parte de sus batallas y donde se ha mostrado sumamente dinámico con cambios en sus estrategias discursivas. Estos cambios, a partir de evaluaciones del camino recorrido, obstáculos encontrados y situaciones no previstas, son uno de los rasgos más elocuentes del proyecto político zapatista.

La idea que atraviesa este trabajo es que el desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena de principios de 2001 puso en evidencia los límites de la estrategia discursiva y simbólica del zapatismo desarrollada hasta entonces. Como consecuencia, las y los zapatistas

decidieron redefinir una vez más su proyecto político y dar un nuevo salto en dos direcciones específicas: la consolidación del proceso de construcción de autonomías en las comunidades indígenas de Chiapas y la articulación de un espacio político y social a nivel nacional, que supuso la primera vez que el EZLN recorrió todo el territorio mexicano con el fin de entrelazar las distintas luchas y proyectos alternativos. Ambas iniciativas, junto a otros cambios igualmente significativos, se encuentran en el centro de esta nueva declaración y representan el gran desafío del movimiento zapatista de construir –y constituirse en– una alternativa no sólo en la palabra sino también en la práctica.

De todos modos, la iniciativa actual también supone nuevos desafíos y dilemas para el movimiento, tanto hacia fuera en relación al contexto en el cual se inscribe y busca incidir, como hacia dentro en la articulación de las distintas luchas y grupos en una instancia nacional.

En el marco del presente texto, se pone énfasis en la noción de proyecto político. Siguiendo a Evelina Dagnino (2004), utilizo este concepto para designar a un conjunto de creencias, intereses, concepciones del mundo y representaciones que orientan la acción política. De esta manera, la noción de proyecto político no se reduce simplemente a estrategias de acción política en sentido estricto ni a un conjunto de programas políticos, sino que, desde una visión claramente vinculada al pensamiento gramsciano, los proyectos políticos expresan y producen significados que integran o buscan conformar matrices culturales más amplias a través de un proceso de

(re)construcción constante. Así, un proyecto político no parte de un modelo o de programa predeterminado, sino que se articula en un devenir abierto y dinámico a partir de una exigencia concreta.

Esta definición resulta sumamente adecuada para pensar el proyecto político zapatista, ya que una de las características centrales del mismo es justamente su reconfiguración a través de diálogos constantes con distintos actores políticos y sociales. Asimismo, la ventaja de este tipo de abordaje es que permite establecer un vínculo entre política y cultura, yendo más allá de los reduccionismos políticos en los que caen muchos estudios sobre movimientos sociales y acción colectiva. Una importante cantidad de análisis se centran esencialmente en el impacto de los movimientos en la arena política. Esa elección metodológica privilegia los efectos finales de la acción, ignorando en muchos casos la forma en cómo dicha acción se produce y, por lo tanto, toman a la acción como un hecho y no como un proceso. Sin embargo, el mayor problema reside en que ese tipo de recorte deja de lado dimensiones muy significativas de los movimientos sociales, especialmente en lo referente a la creación de matrices culturales y retos simbólicos (Melucci, 1999). En el caso de mi investigación, dejar esos aspectos de lado impediría comprender adecuadamente el fenómeno zapatista.

En términos metodológicos, el trabajo de investigación lo abordé a través de una estrategia cualitativa que combinó distintos aportes y diversas fuentes de información, tanto primarias como secundarias, a fin de comprender un fenómeno tan complejo como el zapatismo. Dentro del primer tipo de fuentes, ocupan un lugar central la por

demás abundante producción del propio EZLN. Otras fuentes primarias que se produjeron y se emplearon en el marco de la investigación surgen del trabajo de campo –entrevistas y observación participante– que realicé en México durante el mes de septiembre de 2007. En cuanto a las fuentes secundarias utilizadas, éstas abarcan el numeroso y variado material escrito por analistas políticos, académicos y militantes sobre el movimiento zapatista y el contexto político mexicano.

Un proyecto político en construcción constante

En la madrugada del primero de enero de 1994, el EZLN tomó siete municipios en el sureño estado de Chiapas, y dio a conocer su Declaración de la Selva Lacandona (DSL1) como una “declaración de guerra” al Ejército Mexicano y al Poder Ejecutivo encabezado por Salinas de Gortari, del Partido Revolucionario Institucional (PRI). A su vez, apeló a que “los otros Poderes de la Nación se aboquen a restaurar la legalidad y la estabilidad de la Nación deponiendo al dictador”. Junto a estos dos destinatarios, la declaración también se dirigió al pueblo mexicano para que se sumara al EZLN en su “avance liberador” hacia la capital para luchar por once demandas básicas: trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz.

En este primer documento del EZLN, la estrategia propuesta es claramente la lucha armada. De cualquier manera, ante la cobertura mediática tanto nacional como internacional y las repercusiones en distintos sectores de la sociedad, las y los zapatistas aceptaron el pedido de buscar una solución política y pacífica al conflicto y modificaron su estrategia. La opción armada inicial fue quedando

de lado frente a un accionar más político, centrado en la palabra como una de sus principales armas.

Como señala Gloria Muñoz Ramírez (2004), este cambio era posible por algunas concepciones desarrolladas desde antes del alzamiento, durante el proceso de organización en la selva. Las dificultades iniciales del grupo guerrillero que intentó –sin suerte– desarrollar una estrategia foquista en el estado de Chiapas significaron la primera “derrota” del movimiento y el comienzo de una dinámica que después volverían a utilizar en otras ocasiones. Como reconoce el principal vocero del movimiento:

La virtud de esa organización militar está en reconocer que no tenía respuestas y que tenía que aprender. Esa es la primera derrota del EZLN, la más importante y la que lo marcará de ahí en adelante [...] Y ahí se comienza a dar un proceso de transformación del EZLN, de un ejército de vanguardia revolucionaria a un ejército de las comunidades indígenas, un ejército que es parte de un movimiento indígena de resistencia, dentro de otras formas de lucha [...] Pero luego el EZLN, a la hora en que se imbrica con las comunidades, pasa a ser un elemento más dentro de toda esa resistencia, se contamina y es subordinado a las comunidades. Las comunidades se lo apropian y lo hacen suyo, lo colocan bajo su férula. Yo pienso que lo que permitió al EZLN sobrevivir y crecer fue aceptar esa derrota (Subcomandante Marcos en Le Bot, 1997:148-149).

A medida que el grupo guerrillero entró en contacto con las comunidades, fue entrecruzándose con las redes organizativas y liderazgos que se habían venido conformando desde los años sesenta, haciéndose de una base social que ya compartía una cierta

identidad y experiencias colectivas. De esta manera, el EZLN se fue transformando a través del encuentro de distintas ideologías y propuestas políticas –que iban desde las luchas agrarias, las utopías indígenas, el marxismo leninismo y la teología de la liberación– aunque dando como resultado algo distinto a cada una de ellas. Todo esto contribuyó a que ya existiera una dinámica previa que permitiera al zapatismo afrontar una segunda “derrota” ante el rechazo de diferentes sectores de la sociedad frente al levantamiento armado. A su vez, esos elementos contribuyeron al surgimiento del movimiento zapatista como una amplia red en torno al EZLN a través de la insistencia en la convocatoria a encuentros y articulaciones entre diversas organizaciones e individuos para discutir y buscar soluciones a los grandes problemas nacionales. Esta configuración como una red política en movimiento no sólo le permitió evitar caer en un diálogo exclusivo con el gobierno, sino que, a su vez, refleja una de sus principales demandas y un gran desafío a la cultura política dominante (Leyva Solano, 1999).

Estos cambios del proyecto político se reflejaron en junio de 1994 con la Segunda Declaración de la Selva Lacandona (DSL2), donde llamaron a una Convención Nacional Democrática (CND) que diera oportunidad de lucha a las fuerzas políticas legales de oposición y permitiera “a la sociedad civil que se organice en las formas que considere pertinentes para lograr el tránsito a la democracia” (DSL2, 1994). Las y los zapatistas ya no apelaron a las instituciones ni llamaron al pueblo a levantarse en armas junto al EZLN, sino que el llamado se dirigió a “la Sociedad Civil [para] que retome el papel protagónico que tuvo para detener la fase militar de la guerra y se organice

para conducir el esfuerzo pacífico hacia la democracia, la libertad y la justicia”.

Para varias autoras y autores (Bellinghausen, 2005; De la Rosa, 2006; Leyva Solano y Sonnleitner, 2000), junto con el cambio en su estrategia, hubo una innovación en su discurso. La resonancia social y política del movimiento zapatista se logró mediante un discurso que, en forma paralela al pasaje de la estrategia militar a una más política, fue desplazándose desde un lenguaje revolucionario tradicional presente en los primeros documentos, hacia un mayor énfasis en el diálogo con la sociedad para impulsar un proceso profundo de democratización de las relaciones. De esta manera, fue configurándose el ámbito de la palabra como el espacio privilegiado en donde el movimiento zapatista ha librado la mayor parte de sus batallas, de una forma sumamente dinámica con cambios en sus estrategias. Al lado del alzamiento armado, las y los zapatistas iniciaron una guerra paralela contra el Estado con el fin de arrebatarse los símbolos que monopolizó durante años. Conscientes de que las guerras modernas son más bien de propaganda y que sus posibilidades de triunfo no estaban en el enfrentamiento armado con el ejército, han sabido aprovechar desde el inicio los efectos de las imágenes y los símbolos (Duhalde y Dratman, 1994).

Por medio del discurso, las y los zapatistas han buscado distanciarse de la habitual construcción política monológica de los grupos revolucionarios, haciendo hincapié en una estructura dialógica que busca generar un nuevo sistema colectivo de acción (Duhalde y Dratman, 1994). Apoyados en el avance de las tecnologías, especialmente Internet, y a través del discurso, logran tender

puentes de cercanía e identidad con una amplia gama de organizaciones e individuos, dando a cada uno elementos comunes de referencia que, sin dejar de conservar espacio para su particularidad, les permite identificarse con el movimiento zapatista. De esta manera, han contribuido como un elemento catalizador de los procesos de cambio, principalmente a través de la influencia en la conformación de nuevas subjetividades sustentadas sobre prácticas y formas de pensar alternativas.

Pese a los esfuerzos organizativos convocados nuevamente en la Tercera Declaración (DSL3), en enero de 1995, y en la Cuarta Declaración (DSL4), un año más tarde, los llamados a conformar un amplio frente opositor no lograron consolidarse, sobre todo por los conflictos entre los distintos grupos de izquierda a los que se le encargó la organización (Rodríguez Araujo, 2005). A diferencia de las tres declaraciones anteriores, la Quinta Declaración (DSL5) no convocó a la organización de la sociedad, sino a una consulta por el reconocimiento de los derechos indígenas y el alto a la guerra en Chiapas. En este documento, la cuestión indígena se colocó claramente en el centro de la lucha zapatista, tratando de generar un consenso para hacer cumplir los Acuerdos de San Andrés a través del recurso a una de sus mejores armas: el discurso. Sin embargo, hay cambios en el mismo: se orienta hacia los derechos de los pueblos indios, pasando de un discurso ofensivo a uno reivindicativo, de la transformación nacional a la defensa de los derechos indígenas, del impulso a la organización de la sociedad civil a un llamado de solidaridad con sus demandas (Pineda, 2005).

La Marcha por la Dignidad Indígena como punto de inflexión

La Marcha fue una gran apuesta política del zapatismo al buscar, nuevamente, apelar a las instituciones políticas mexicanas para darle una solución a los problemas de los pueblos indígenas, como ya lo había intentado con la fuerza de las armas el primero de enero de 1994. A diferencia de aquel momento, ahora contaba con un reconocimiento trabajosamente construido a lo largo de siete años de diálogos, encuentros y otras iniciativas, y que se reflejó en las movilizaciones y en los apoyos generados tanto en México como en otras partes del mundo. En esta ocasión no eran las armas sino el poder de la palabra y los símbolos, junto al proceso de movilización generado durante el recorrido por trece entidades federativas del sur y centro de México y las miles de personas reunidas en el Zócalo de la Ciudad de México a principios de 2001.

El triunfo de Vicente Fox, del Partido Acción Nacional (PAN), en julio de 2000, al poner fin al predominio priísta en la presidencia después de 71 años pareció abrir la posibilidad de cambios. De hecho, aún siendo candidato, la falta de oficio político del panista hizo ofrecer a las y los zapatistas la resolución del conflicto de Chiapas “en quince minutos”. Tan así que una de las primeras medidas de gobierno fue el envío de la propuesta de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa) al Congreso de la Unión para su aprobación. Las y los zapatistas no desaprovecharon la oportunidad y elevaron la apuesta anunciando una marcha de la comandancia del EZLN hacia la capital para exigir al Congreso la sanción de dicha propuesta y, a su vez, demandaron la liberación de las y los zapatistas

presos y el retiro de 7 bases militares, como condición para reiniciar el diálogo suspendido en 1996. De esta manera, no sólo lograron poner la cuestión de los derechos, la autonomía y la cultura indígena en el centro de la agenda pública, sino que se apropiaron de la iniciativa durante los primeros meses del autoproclamado gobierno del cambio.

Para cerrar la marcha, el movimiento zapatista jugó su carta más fuerte y apeló una vez más al poder de los símbolos. Contrariamente a lo que la mayoría esperaba, no fue el subcomandante Marcos, sino una mujer indígena, la comandante Esther, quien dio el discurso central del movimiento zapatista en el Congreso:

[...] Algunos habrán pensado que esta tribuna sería ocupada por el Sup Marcos y que sería él quien daría el mensaje central de los zapatistas. Ya ven que no es así. El Subcomandante Insurgente Marcos es eso, un subcomandante. Nosotros somos los comandantes, los que mandamos en común, los que mandamos obedeciendo a nuestros pueblos. [...] Ahora es nuestra hora. El respeto que ofrecemos al Congreso de la Unión es de fondo pero también de forma. No está en esta tribuna el jefe militar de un ejército rebelde. Está quien representa a la parte civil del EZLN, la dirección política y organizativa de un movimiento legítimo, honesto y consecuente, y, además, legal por gracia de la ley para el diálogo, la conciliación y la paz digna en Chiapas. Así demostramos que no tenemos ningún interés en provocar resentimientos ni resquemores en nadie. Así que aquí estoy yo, una mujer indígena [...] Mi nombre es Esther, pero eso no importa ahora. Soy zapatista, pero eso tampoco importa en este momento. Soy indígena y soy mujer, y eso es lo único que importa ahora.

Esta tribuna es un símbolo. Por eso convocó tanta polémica. Por eso

queríamos hablar en ella y por eso algunos no querían que aquí estuviéramos. Y es un símbolo también que sea yo, una mujer pobre, indígena y zapatista, quien tome primero la palabra y sea el mío el mensaje central de nuestra palabra como zapatistas (EZLN, “Discurso ante el Congreso de la Unión”, 28 de marzo de 2001).

Así, el movimiento zapatista lograba su objetivo de llegar al centro del poder político y hablar “desde la más alta tribuna de la Nación” para reclamar la sanción de la ley indígena y, a su vez, mostrar el apoyo de buena parte de la sociedad mexicana a sus demandas.

Sin embargo, a pesar del gran proceso de movilización que suscitó la marcha, la reforma constitucional aprobada por el Congreso a fines de abril fue contraria a las exigencias del movimiento zapatista. El desenlace legislativo se apartó totalmente de los Acuerdos de San Andrés y de la propuesta de la Cocopa, que contaba con un amplio consenso no sólo entre las y los zapatistas, sino también en otros sectores de la sociedad. Incluso, en varios aspectos significativos resultó un claro retroceso de lo que existía previamente en la Constitución y en legislaciones locales, permitiendo hablar más bien de una contrarreforma indígena (Ceceña, 2001).

De este modo, la Marcha por la Dignidad Indígena y la movilización de principios de 2001 no tuvieron el éxito esperado frente a la estructura de oportunidad política que parecía abrirse con el triunfo de un candidato no oficial después de más de setenta años de régimen priísta. Este triunfo había hecho pensar en un cambio de escenario político más democrático, de mayor apertura del sistema político. Por el contrario, se constituyó un escenario de

estabilidad del sistema en su conjunto. A esta situación contribuyeron varios factores. Por primera vez en la historia contemporánea de México se vivía una alternancia de partidos en el poder que para muchas y muchos venía a cerrar el largo proceso de apertura política, otorgando al gobierno de Fox una considerable fuente de legitimidad. A su vez, a diferencias de las últimas cuatro sucesiones presidenciales, las elecciones federales de 2000 no fueron precedidas ni sucedidas por crisis económicas.

Tampoco sobrevino una crisis política. Pese a la pérdida de la presidencia, el PRI aceptó la derrota electoral; en buena medida porque seguía manteniendo importantes posiciones de poder a través de la mayoría de los gobernadores, gobiernos municipales y muchas otras instituciones políticas que continuaron estando bajo el control priísta o, en su defecto, permeadas por la cultura política forjada a través de más de siete décadas de partido de Estado. Más allá de la alternancia, lo que predominó fueron más bien las continuidades que las rupturas. Entre las y los legisladores prevalecieron las disputas y conflictos entre los partidos, e incluso dentro de ellos, para conseguir mejores espacios de poder (Pérez Ruiz, 2006). Todos estos elementos contribuyeron a que la correlación de fuerzas se mostrara en favor de la elite gobernante y en detrimento de los movimientos sociales y del zapatismo.

Esta nueva “derrota” para el movimiento zapatista, como otras en su historia, supuso un cambio importante en su proyecto político. El desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena implicó la necesidad de reconfigurar una vez más dicho proyecto y dar un nuevo salto en dos direcciones específicas: la consolidación del

proceso de construcción de autonomías en las comunidades zapatistas como referente político-práctico (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004), como salió a la luz en 2003 con la creación de los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno; y la articulación de un espacio político y social a nivel nacional, a través de la otra campaña, que supuso la salida por primera vez del EZLN a todo el territorio mexicano con el fin de conocer y unir las diversas luchas y proyectos alternativos. Esta última decisión se dio a conocer en junio de 2005 con lanzamiento de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona. Ambas iniciativas, junto a otros cambios igualmente significativos, se encuentran en el centro de esta nueva declaración y representan el gran desafío del movimiento zapatista de construir –y constituirse en– una alternativa no sólo en la palabra sino también en la práctica.

El desenlace de la Marcha puso en evidencia, hasta cierto punto, los límites de la estrategia discursiva y simbólica del zapatismo desarrollada hasta entonces. De ahí que la nueva iniciativa zapatista suponga un intento por superar esas –y otras– limitaciones. La marcha mostró que la sola movilización no basta para lograr algún tipo de cambio. Es necesaria la articulación de un amplio movimiento político y social que reclame y sostenga dicha transformación. Se requiere, por lo tanto, de un extenso proceso de acumulación de fuerza que altere la correlación a favor de la reforma constitucional y que, además, la pueda hacer efectiva. Más importante aún, se trata de articular los distintos proyectos concretos que están actualmente buscando desarrollar lógicas alternativas, otras formas de pensar y hacer política.

La construcción de autonomía indígena como referente político-práctico

La Sexta Declaración no puede pensarse escindida del proceso de construcción de autonomías en las comunidades zapatistas en Chiapas. Este proceso autonómico es el que está en la base y permite articular las distintas acciones del movimiento zapatista en términos de avances, retrocesos e intensidad. Así, las comunidades indígenas son, en buena medida, la columna vertebral sobre la que se sustenta el movimiento en su conjunto.

Aunque la experiencia entre las comunidades indígenas de Chiapas tiene una larga historia, la sanción de la reforma constitucional en materia de derechos y cultura indígenas contraria a los Acuerdos de San Andrés marcó un punto de inflexión en el proceso autonómico zapatista, puesto que a partir de entonces se decidió buscar el cumplimiento de dichos derechos, ya no legalmente a través del Estado, sino en los hechos.

Como resultado de ese proceso, en agosto de 2003, se crearon los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno (JBG), como nuevas instancias de coordinación regional y lugares de encuentro de las comunidades zapatistas y la sociedad civil nacional e internacional. Se buscó así superar algunos problemas o tensiones que se habían venido generando en el proceso de construcción de autonomías. Con ese propósito, se plantearon sobre todo cambios en dos sentidos complementarios.

Por un lado, con las JBG se procura ir superando una de las mayores tensiones dentro del proyecto político

zapatista, al plantear la separación de la estructura militar del EZLN respecto de las tareas de gobierno que les corresponde a las propias comunidades. Se trata de una persistente tensión que viene del origen mismo del zapatismo al organizar un ejército -esto es, una estructura jerárquica- cuyo objetivo principal es la democratización de las relaciones sociales. Como plantean las y los zapatistas, el suyo es un ejército que lucha paradójicamente para dejar de serlo y para que no haya más necesidad de que existan ejércitos. Si bien la organización del EZLN fue una decisión necesaria para la declaración de la guerra como “una medida última pero justa” (DSL1), ahora resulta uno de los principales obstáculos para avanzar en la concreción de su proyecto político.

[...] vimos que el EZLN con su parte político-militar se estaba metiendo en las decisiones que les tocaban a las autoridades democráticas, como quien dice "civiles". Y aquí el problema es que la parte político-militar del EZLN no es democrática, porque es un ejército [...] pero entonces, de este problema, lo que hicimos fue empezar a separar lo que es político-militar de lo que son las formas de organización autónomas y democráticas de las comunidades zapatistas. Y así, acciones y decisiones que antes hacía y tomaba el EZLN, pues se fueron pasando poco a poco a las autoridades elegidas democráticamente en los pueblos. Claro que se dice fácil, pero en la práctica cuesta mucho, porque son muchos años, primero de la preparación de la guerra y ya luego mero de la guerra, y se va haciendo costumbre de lo político-militar. Pero como quiera lo hicimos porque es nuestro modo que lo que decimos pues lo hacemos, porque si no, pues entonces para qué vamos a andar diciendo si luego no hacemos (EZLN, DSL6, junio de 2005).

Previamente, el movimiento había buscado atenuar esas contradicciones a través de la construcción de una compleja organización en la cual el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG), formado por miembros de las comunidades zapatistas siguiendo el modelo de las asambleas indígenas, se encuentra por encima de la estructura militar. De manera tal que, pese a la estructura jerárquica del EZLN, éste se halla subordinado a las disposiciones de las asambleas comunitarias. A su vez, discursivamente, se había pretendido presentar esta tensión como el sustento de su sorprendente capacidad de cambio. Así, a través de su producción discursiva, es precisamente la cuestión de transformarse a sí mismos el dilema principal del proceso de construcción democrática que impulsa el movimiento zapatista. De todos modos, lo cierto es que, como las propias y propios zapatistas reconocen en la Sexta, la parte militar sigue teniendo un rol importante en la toma de decisiones y representa un fuerte obstáculo para el proceso de democratización por el que ellas y ellos mismos luchan.

Por otro lado, y relacionado con el punto anterior, se viene realizando un nuevo impulso para llevar a la práctica el proyecto democrático, cuyo pilar fundamental se sustenta en el principio de “mandar obedeciendo”. Esta noción implica una dinámica sociocultural que trasciende los límites de la democracia representativa. No se trata simplemente de invertir la relación de representación, sino que el desafío es construir nuevas prácticas y relaciones (entendidas en sentido amplio y en todas las dimensiones de la vida cotidiana). Junto a la construcción de formas de autogobierno, se ha avanzado en la impartición de justicia y en la creación

de programas de salud y de educación propios, incrementándose asimismo la participación de los miembros de las comunidades en la toma de decisiones (Martínez Espinoza, 2007). Al mismo tiempo, las JBG tienden a ampliar los beneficios de la autonomía a todas y todos los miembros de la comunidad sin distinción de filiación política, a fin de intentar reducir las confrontaciones que en algunos casos se producen entre zapatistas y no zapatistas.

Así, si bien las JBG derivan del proceso generado en las comunidades zapatistas de Chiapas, no sólo procuran resolver los problemas y distorsiones que se venían produciendo en los municipios autónomos a través de un salto cualitativo en el ejercicio de la autonomía. También se proponen ir más allá:

[Con] la construcción de las Juntas de Buen Gobierno, se avanza en la autonomía indígena y el EZLN ya se presenta como una alternativa no sólo en la palabra, sino también en la práctica. No estoy hablando de un ejemplo a seguir ni de una guía para la acción, sino como un referente. El EZLN tiene un perfil político práctico que ofrecer a la hora que dialoga con otros. Un referente político-práctico, civil y pacífico, porque el referente que teníamos era el de una organización armada, el de que había que organizarse y levantarse en armas. La creación de las JBG y los municipios autónomos significan ya otra alternativa, otra opción o referente para la sociedad (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004:286).

Las JBG aparecen así como una alternativa, como la posibilidad de llevar a la práctica otro tipo de relaciones e instituciones sociales, económicas, políticas y culturales. Pero, como reconocen las y los zapatistas en la Sexta, no pueden solos. La realización de este proyecto depende de

una multiplicidad de factores, que no todos están al alcance de ellas y ellos mismos. Héctor Díaz-Polanco sostiene que la importancia de las Juntas de Buen Gobierno radica “en que trasciende o puede trascender la particular realidad chiapaneca” (Díaz-Polanco, 2006:46). Para este investigador, la creación de instancias autonómicas a nivel regional es la expresión más clara de que las autonomías no pueden concebirse como pequeñas entidades aisladas, sino que requieren articular y coordinar esos esfuerzos a través de un gran movimiento político, social y cultural para avanzar en la construcción de un proyecto democrático para cada vez más amplios sectores de la sociedad. De ahí que, así como la Sexta no puede pensarse sin el proceso de construcción de autonomías, éste se relaciona estrecha y recíprocamente con aquélla y con la propuesta de la otra campaña.

La búsqueda de articulación de las resistencias: la otra campaña

La Sexta Declaración aparece, a su vez, como expresión de la necesidad política de superar el aislamiento y la vulnerabilidad en la cual se encuentra el movimiento zapatista desde hace un tiempo. Las y los zapatistas son conscientes de que el conflicto ha perdido cierta centralidad y, al igual que en los años posteriores a los Acuerdos de San Andrés, saben que el aislamiento político puede ser aprovechado para el recrudecimiento de las hostilidades por parte de grupos políticos, militares y paramilitares. De ahí que la declaración surja como un “nuevo paso adelante en la lucha indígena [que] sólo es posible si el indígena se junta con obreros, campesinos, estudiantes, maestros, empleados” (EZLN, DSL6, 2005). Para ello, se convocó a la realización de una serie de encuentros con distintos

sectores y personas en todo el territorio mexicano, en el marco de una “campana nacional con otra politica, por un programa nacional de lucha de izquierda y por una nueva Constitucion”, más conocida como la otra campana.

La propuesta retoma así la línea plateada desde la Segunda Declaración y que se mantuvo en las siguientes dos declaraciones: la construcción de un amplio frente político y social que luche por la democratización de México y la convocatoria a una asamblea constituyente que sancione una nueva Constitución. Sin embargo, no hay que ver una línea total de continuidad. La Sexta implica un cambio cualitativo: a partir de esta última declaración y de la otra campana se busca la construcción de un movimiento que supone una ampliación, ya no sólo discursivamente, más allá de lo indígena que se había constituido en el eje estructurador del proyecto político zapatista durante los últimos años, pero también más allá de Chiapas, para alcanzar una presencia a nivel nacional.

A medida que se fue avanzando en el recorrido de la otra campana, durante 2006 y parte de 2007, se fue conociendo y enriqueciendo la visión sobre los grupos, organizaciones, personas, sus resistencias, sus historias, sus situaciones y sus esfuerzos, en muchos casos dispersos, aislados y poco conocidos a nivel de los grandes medios de comunicación. El recorrido fue asimismo mostrando la riqueza y diversidad de historias, contextos y concepciones ideológicas que existen entre los distintos grupos. En ese contexto, el proceso de echar a andar la otra campana significó un proceso de enseñanza y aprendizaje en varios sentidos y direcciones. Antes que nada, supuso aprender a escuchar, puesto que

no basta sólo con respetar las palabras de las otras y otros, sino también comprenderlas y tomarlas en cuenta. Pero no sólo eso. También se trata de aprender entre todos y todas a relacionarse de otra manera. Gran parte de las primeras reacciones frente a la alerta roja de junio de 2005 y la aparición de la Sexta Declaración que se generó entre varios grupos y simpatizantes había sido cómo apoyar ahora a las y los zapatistas. Pero a diferencia de la DSL1 que termina con un “Intégrate a las fuerzas insurgentes del EZLN” o de lo que venía dándose en los últimos años y, sobre todo, a partir de la DSL5 donde se pedía la solidaridad con la lucha por los pueblos indios, con la Sexta y la otra campana hay un cambio significativo en el proyecto político, en el cual se insistió reiteradas veces a lo largo del recorrido:

No venimos como otras veces a decir apóyenos, simpatiza con nuestra lucha. Venimos a decirles: vamos a unir nuestra lucha, tú como joven, como mujer, como maestro, como trabajador agrícola, como estudiante, como trabajador del mercado, transportista –lo que sea cada quien-, vamos a unir nuestras luchas, y vamos a echar acuerdo para juntos empezar a transformar [...] (EZLN, Reunión en Parque Centenario, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 5 de enero de 2006).

No resulta arbitrario trazar ciertas similitudes entre la dinámica de hablar, escuchar y aprender que se fueron entrelazando para dar forma al propio EZLN durante los años de trabajo clandestino en Chiapas y el proceso que ahora están llevando adelante en todo el territorio nacional. Ambos procesos buscan conocer y articular distintas resistencias y proyectos concretos para avanzar juntos en la transformación de la sociedad.

La Sexta Declaración y la otra campaña fueron redefinieron el trabajo de muchos grupos, potenciándolo, al abrir un espacio de comunicación, conocimiento e intercambio con otras experiencias y organizaciones en todo el país, muchas de las cuales eran poco o prácticamente nada conocidas previamente (Entrevista con el colectivo Jóvenes en Resistencia Alternativa, Ciudad de México, 23/09/2007). A su vez, la iniciativa zapatista puso en discusión las formas organizativas, la cuestión de la representación, la relación con las instituciones y partidos políticos y, por lo tanto, la necesidad de definirse hacia dentro de muchas de esas organizaciones y colectivos, llevándolas asimismo a analizar las lógicas que subyacen a dichas definiciones (Entrevista con David, Ciudad de México, 12/09/2007).

Sin embargo, la diversidad de experiencias, historias y posiciones dentro de la otra campaña no ha dejado de plantear algunos desafíos. A la par de las diferencias, también han ido apareciendo ciertos dogmatismos y sectarismos, subyacentes en distinto grado y más o menos abiertamente en el lenguaje, actitudes y recelos entre los grupos y personas, que dificultan “llevar a la práctica el rollo de escuchar al otro” (Intervención de un miembro de un colectivo de Querétaro en el «El Otro Seminario», Querétaro, 09/09/2007).

Una de las tensiones que ha mostrado más claramente la otra campaña es que varios de los elementos del proyecto zapatista quizás “cierran bien en lo discursivo, pero cuesta llevarlos a la práctica y a la construcción concreta” (Intervención de un participante en «El Otro Seminario», Querétaro, 09/09/2007). Precisamente, al igual que en el caso de las comunidades indígenas en Chiapas, el

principal desafío interno que enfrenta el movimiento zapatista en el proceso actual es llevar a la práctica los principios que forman parte de su proyecto político.

Junto a estos desafíos, la iniciativa zapatista ha tenido que enfrentar algunos elementos no previstos en el contexto en el cual se desarrolló y procura incidir. Los conflictos sociales desatados en San Salvador Atenco y en Oaxaca durante 2006 alteraron la otra campaña, no sólo al reducir la ya escasa cobertura de los medios de comunicación que resultaba fundamental para la visibilización de las distintas luchas, sino también porque dichos acontecimientos desataron un fuerte proceso de criminalización de la protesta social y aumento de las prácticas represivas del Estado. A su vez, la campaña electoral y los conflictos electorales también modificaron el esquema en que fue pensada la otra campaña y la dinámica de la confrontación social. En la percepción de muchas mexicanas y mexicanos, la lucha electoral adquirió un atractivo inusitado en la política mexicana puesto que se constituyó como la disputa entre dos proyectos de país representados por López Obrador y Calderón. En tal contexto, el discurso zapatista contra los partidos políticos y, especialmente, las críticas hacia López Obrador terminaron alejando a varios participantes de la otra campaña y a un sector de la intelectualidad que en el pasado había apoyado al zapatismo. Finalmente, tras la asunción de Calderón, y bajo el argumento de la guerra contra el narcotráfico, se incrementaron la militarización, las agresiones y las presiones contra las comunidades indígenas chiapanecas, obligando a las y los zapatistas a suspender el recorrido de la otra campaña.

De todos modos, resulta equivocado pensar que porque se ha interrumpido el recorrido de la Comisión Sexta, el proceso de la otra campaña también se encuentra detenido. Cabe recordar que, si bien el EZLN es quien lanzó la iniciativa, la dinámica se sostiene a través del trabajo, a veces silencioso y sin la mirada de los medios de comunicación, de todos los grupos, organizaciones y personas que adhirieron a la Sexta Declaración y participan del proceso. Uno de los aciertos y fortalezas de la otra campaña es justamente el énfasis dado al trabajo, con o sin las y los zapatistas, “en el nivel local, con nuestros propios medios. Sobre todo evaluarnos, criticarnos, mirarnos al espejo y preguntarnos lo que somos, lo que sabemos hacer, lo que estamos haciendo, lo que llevamos hecho, lo que podemos hacer más adelante, fijar objetivos, pues” (Rojo, 2006).

Algunas reflexiones finales

El movimiento zapatista, a través del énfasis puesto en los elementos simbólicos y discursivos, ha contribuido fuertemente en la emergencia de espacios de nuevas subjetividades y sociabilidades. Quizás en estos elementos radique una de sus mayores aportaciones. Mucho más si se lo piensa en el contexto mexicano, marcado por una cultura política fuertemente paternalista, jerárquica y estatal, la emergencia de ideas y prácticas que buscan la autonomía, la horizontalidad y la multiplicidad representan un más que elocuente cambio cultural.

Sin embargo, como las y los zapatistas lo reconocen en la Sexta, más allá de los avances que consiguieron, lo cierto es que no han logrado muchas de sus demandas. De ahí que hayan decidido dar un nuevo salto, tendiente a

superar ciertas tensiones y limitaciones encontradas, con el fin de plasmar su proyecto político a través de dos procesos complementarios: la consolidación de las autonomías en las comunidades indígenas de Chiapas y la articulación de las distintas luchas y resistencias, no sólo desde la perspectiva de que la unidad hace la fuerza, sino como posibilidad de complementarse y aprender de las experiencias de otras y otros para avanzar en la transformación de la sociedad.

A partir de estos cambios que se encuentran en el centro de la Sexta Declaración se refuerza una lectura del cambio a partir de las prácticas sociales en el ámbito de la vida cotidiana, y no desde las instituciones. La idea es ir abriendo y articulando espacios de nuevas sociabilidades, a través de cambios en las subjetividades y en las prácticas.

Con todo, una de las cuestiones principales es precisamente cómo efectivamente acompañar, articular y complementar las múltiples luchas y experiencias dispersas en las distintas partes de México. Y en este punto, quizás, reside uno de los desafíos más grandes que tiene actualmente el movimiento zapatista: justamente tratar de llevar a la práctica su propio proyecto político que, previamente, se había sustentado sobre todo discursivamente. Como advierten las propias y propios zapatistas y otros colectivos y personas en la otra campaña, el problema ahora no está en decir, sino en hacer, en buscar las maneras de plasmar su proyecto político en las prácticas y la construcción concretas.

Bibliografía

- Austin, John (1982), *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós.
- Bellinghausen, Hermann (2005), “La lenta digestión de la palabra zapatista”, en *Colectivo Situaciones*, Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN, Buenos Aires, Tinta Limón, pp. 243-251.
- Ceceña, Ana Esther (2001), “El dictamen del Senado, a favor del Plan Puebla Panamá y no de los derechos indígenas”. Disponible en: <http://www.ezln.org> [Consultado el 28/08/2001]
- Dagnino, Evelina (2004), “La convergencia perversa”, en Alejandro Grimson (comp.), *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 195-216.
- De la Rosa, Isabel (2006), “¿Qué es el zapatismo? La construcción de un imaginario rebelde (1994-2001)”, en *El Cotidiano* N° 137, vol. 21, México, mayo-junio, pp. 7-17.
- Díaz Polanco, Héctor (2006), “Caracoles: la autonomía regional zapatista”, en *El Cotidiano*, vol. 21, N° 137, México, mayo-junio, pp. 44-51.
- Duhalde, Eduardo y Dratman, Enrique (1994), *Chiapas: la nueva insurgencia. La rebelión zapatista y la crisis del Estado mexicano*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Jóvenes en Resistencia Alternativa (2007), “Sobre la estructura de la otra campaña en el DF”, ponencia presentada en la Mesa 3 de las Jornadas por la libertad de las y los presos políticos, México, mayo.
- Le Bot, Yvon (1997), *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*, México, Editorial Plaza & Janés.
- Leyva Solano, Xóchitl (1999), “De las Cañadas a Europa: niveles, actores y discursos del nuevo movimiento zapatista (1994-1997)”, en *Desacatos* N° 1, CIESA, México, pp. 56-87.
- Leyva Solano, Xóchitl y Sonnleitner, Willibald (2000), “¿Qué es el neozapatismo?”, en *Espiral* N° 17, vol. VI, México, enero-abril, pp. 141-160.
- Martínez Espinoza, Manuel (2007), “Democracia en rebeldía: Las Juntas de Buen Gobierno del movimiento zapatista”, ponencia presentada en el V Congreso Europeo CEISAL de Latinoamericanistas, Bruselas, abril.
- Melucci, Alberto (1999), “Teoría de la acción colectiva”, en *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México, pp. 25-54.
- Muñoz Ramírez, Gloria (2004), *EZLN: el fuego y la palabra*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- Pérez Ruiz, Maya Lorena (2006), “El EZLN y el retorno a su propuesta radical”, en *Cultura y representaciones sociales*, año 1, N° 1, México, pp. 33-65.
- Pineda, Enrique (2005), “Tres bifurcaciones para entender al zapatismo”, en *Revista Contracultural*, Buenos Aires, julio.
- Rodríguez Araujo, Octavio (2005), *Mi paso por el zapatismo (Un testimonio personal)*, México, Océano.
- Rojo, C. (2006), “¿Qué pasa con la Otra Campaña?”, en *Zapateando*, 2006. Disponible en: <http://zapateando2.wordpress.com/2006/08/25/%c2%bfque-pasa-con-la-otra-campana/> [Consultado el 17/03/2008]
- Sigal, Silvia y Veron, Eliseo (2004), “Introducción”, en *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba, edición revisada y ampliada.
- Subcomandante Marcos (2007), “Balance de la Otra campaña (diciembre de 2006)”, entrevista de Raymundo Reynoso, en *Contrahistorias* N° 8, México, marzo-agosto, pp. 57-72.